

**Antonio Giménez-Rico**

## **SABER LEER NO ES SABER COMPRENDER**

-¿Y la escuela? ¿Por qué no vas a la escuela?

-¿Para qué?

-Mira tú qué pregunta. Para aprender.

-¿Es que se aprende en la escuela?

-¿Qué cosas! En la escuela se educa a los niños para que el día de mañana sean hombres de provecho.

El niño no acaba de entender muy bien lo que significa eso de “un hombre de provecho”.

La maestra insiste.

¿Sabes, acaso lo que es la longanimidad?

- De eso no sé, doña Resu.

-¿Ves? Si fueras a la escuela sabrías esas cosas.

.....

¿Has visto el auto grande de Don Antero?

-Sí.

-¿Y no te gustaría saber de motores? ¿Por ejemplo, tú sabes dónde está el carburador?

-De eso tampoco sé. Son cosas inventadas.

Nuevo desconcierto de la señora.

-Pero dime una cosa, ¿no te gustaría tener un auto como el de don Antero, cuando seas grande?

Una de cada cinco personas no puede leer este texto

-No.

La maestra carraspea.

-Está bien. Pero sí te gustaría saber de plantar pinos más que Guadalupe, el extremeño

-Eso sí.

-O saber cuántos dedos tiene el águila real, o dónde anida el cernícalo lagartijero,  
¿verdad que sí?

Con una muy amplia sonrisa.

-Eso ya lo sé.

Un poco harta.

-¿Conoces al ingeniero?

-¿A don Domingo?

-Sí, a don Domingo.

-Sí.

-Pues tú podrías ser como él.

-Yo no quiero ser como don Domingo.

Cada vez más harta.

-Está bien. Quiero decir que tú podrías ser un señor, a poco que pusieras de tu parte.

El chiquillo alza la cabeza y le mira a los ojos.

-¿Y quién le ha dicho a usted que yo quiera ser un señor?

La  
Gran  
Lectura



Éste es un breve fragmento de una película que yo escribí, sobre una espléndida novela de Miguel Delibes, y dirigí hace algunos años, protagonizada por un niño de 12 años, que, por las circunstancias de la historia, las características del ambiente rural en la que se desarrollaba, y el tono entre realista y mágico que presidía el relato, no había ido a la escuela, no había aprendido a leer ni a escribir, ignoraba cualquier conocimiento “aprendido”, como él mismo decía, pero al que la naturaleza, el campo y las gentes, en constante lucha con las condiciones nada idílicas de su vida rural, habían convertido en un pequeño sabio, en medio de una tierra, una naturaleza hostil y agresiva, que el hombre pocas veces puede dominar.

Para interpretar a aquel niño elegí a otro niño, también de doce años, inteligente y expresivo y con todas las condiciones naturales para la actuación, que supo transmitir, quizás de forma no demasiado consciente, todas las emociones y complejidades de su singular personaje. El niño era rápido y memorizaba con pasmosa facilidad los diálogos, que sabía decir y expresar con verdadero sentido. Hasta que un día, una réplica, un párrafo de su diálogo se le atragantó y no era capaz de recordarlo, de articular palabra. Ante mi perplejidad, traté de adivinar por qué ese párrafo y no otros encerraba tan insalvable dificultad, hasta que descubrí algo tan sencillo como que no lo entendía, y, lógicamente, era incapaz de retener algo que no comprendía. Le expliqué de forma sencilla su contenido, lo comprendió de inmediato, y también de inmediato el niño memorizó el texto y lo dijo con el mismo buen sentido que siempre había manifestado.

Muy sencillo, el niño sabía leer perfectamente y era capaz de memorizar los textos que leía sin problemas. Salvo aquéllos que no entendía. Porque no era ningún papagayo, y una cosa es saber leer y otra muy distinta saber comprender.